

Número 93 / septiembre 2007 / 7 €

1936-1937 combates por la revolución en la guerra civil española

Por las características especiales de este número monográfico hemos decidido que todos los artículos estén accesibles "en abierto" en nuestra web. Queremos contribuir así a la recuperación de una parte fundamental de nuestra memoria histórica, que frecuentemente no cuenta con la atención y el reconocimiento que se merece.

"El movimiento de solidaridad con el POUM fue muy importante".
Entrevista a Wilebaldo Solano **5**

Una vida bien vivida. *María Teresa García Banús* **9**
La *música futurista* de las revolucionarias del POUM. *Marta Brancas* **15**
El Partido Comunista dueño del poder político. *Juan Andrade* **25**
El POUM. De la fusión a la doble derrota y la crisis interna. *Jaime Pastor* **31**
El POUM y la cuestión sindical en Catalunya (1936-1937). *Reiner Tosstorff* **39**
"Estalinistas y alborotadores": la campaña contra el POUM. *Pelai Pagès y Blanch* **51**
Trotsky, el POUM y los *hechos de mayo*. *Andy Durgan* **57**

El problema de los órganos de poder en la revolución española. *Andreu Nin* **69**
Nin en la URSS: Del poder a la oposición. *Jaime Pastor* **75**
El enigma Nin *Miguel Romero* **83**

Una revolución a medias: los orígenes de los *hechos de mayo* y la crisis del anarquismo. *Chris Ealham* **93**
Los asesinatos de Berneri y Barbieri, anarquistas italianos en España. *Flavio Guidi* **103**
Nin-Bernerí. *Pepe Gutiérrez-Álvarez* **105**
Sueños y pesadillas de las Mujeres Libres. *Llum Quiñonero Hernández* **107**

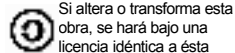
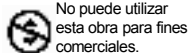
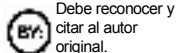
Cronología. *Pepe Gutiérrez-Álvarez* **117**

Mayo 1937. Algunas notas bibliográficas. *Pepe Gutiérrez-Álvarez* **123**

Propuesta gráfica: *Acacio Puig*.



Esta obra se puede copiar, distribuir, comunicar públicamente o hacer obras derivadas de la misma, bajo las siguientes condiciones:



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.0/>



Jaime Pastor

Nin en la URSS: Del poder a la oposición

En la evolución política de Andreu Nin, como en tantas personas de su generación, el triunfo de la Revolución Rusa de octubre de 1917 tuvo un impacto decisivo. El reflejo más patente de esa influencia fue la defensa que de ese acontecimiento histórico hizo en el Congreso de la CNT celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid en diciembre de 1919, apoyando la adhesión a la Internacional Comunista (IC), si bien lo hizo desde postulados próximos a los de Eleuterio Quintanilla y Salvador Seguí /1. Iniciaba entonces la segunda etapa de su militancia política.

Su presencia como delegado de la CNT, junto con Joaquín Maurín, Hilario Arlandis, Jesús Ibáñez y Gastón Leval, en el Congreso Constituyente de la Internacional Sindical Roja (ISR), celebrado en Moscú en julio de 1921, marcaba el comienzo de un compromiso orgánico que, pese a los conflictos de representatividad con los anarquistas españoles, le llevaría muy pronto a ser secretario general adjunto de la ISR.

A partir de aquella fecha, y tras la detención sufrida en Alemania, su residencia habitual en Moscú y sus responsabilidades, entre las que se incluían también las de ser militante del Partido Comunista y miembro del soviet de Moscú, le conducirían a verse implicado en los debates y la crisis interna que se iría agravando en los años siguientes. Hablar, por tanto, de Nin en la URSS supone referirse a alguien que gozó inicialmente de la confianza del nuevo grupo dirigente del Estado soviético. Por eso es obligado recordar los avatares de ese grupo si queremos comprender mejor la vida y la obra de Nin mientras estuvo allí.

Dos períodos

Se puede distinguir dos períodos en esa experiencia: uno que llega hasta 1926 y otro hasta 1930, cuando finalmente abandona la URSS.

El primero es el de su fuerte identificación con el régimen bolchevique y el ideario de la IC y la ISR aunque, como sabemos por las Memorias de Víctor Serge, sus inquietudes por el rumbo que va tomando el nuevo Estado comienzan pronto.

En efecto, no hay que olvidar que la llegada de Nin a Moscú se produce cuando se están notando las consecuencias más negativas del “comunismo de guerra” y muy poco después del levantamiento de Kronstadt y de la represión que el gobierno bolchevique desencadena contra este movimiento. Pese a la aceptación por Nin de las explicaciones oficiales de ese comportamiento, es evidente que este hecho tuvo que ser motivo de preocupación en alguien que venía como delegado de un sindicato en el que el peso de los anarquistas era notable; éstos además no tardarían en responder a ese trágico incidente distanciándose de la mayoría de su delegación en Moscú, tal como sucedió poco después, dentro de un ambiente de desconfianza creciente.

Porque es innegable que el recuerdo de Kronstadt, junto a otros episodios trágicos denunciados por personas como Emma Goldman, que había simpatizado en un primer momento con la revolución, iría quebrando la convergencia inicial que se había producido en el mundo entre los bolcheviques y muchos anarquistas y sindicalistas revolucionarios.

Pero lo más grave fue que la acción desencadenada contra ese movimiento coincidía con otros sucesos polémicos acaecidos el mismo año 1921: la represión de protestas obreras en Moscú y Petrogrado, la invasión por el Ejército Rojo de Georgia en febrero, la prohibición de las fracciones en el X Congreso del PC en marzo y la práctica conversión de este partido en el único legal anunciaban malos presagios que se confirmarían en los años siguientes. El abandono del “comunismo de guerra” y la adopción de la Nueva Política Económica (NEP) no conseguirían contrarrestar esas sombrías perspectivas.

En ese clima de deterioro del pluralismo político, ya relativamente limitado desde el principio, hay que reconocer que los debates dentro de la ISR respecto a las relaciones entre los sindicatos y los partidos comunistas tampoco se resolvieron de manera satisfactoria para las corrientes aliadas de los bolcheviques, pero ajenas a su ideario. Porque fueron pocos los que dieron el paso hacia una visión de la función del sindicato estrechamente unida a la del partido. Nin fue, no obstante, uno de ellos, abandonando así su definición como sindicalista y convirtiéndose en un firme adalid de las concepciones oficiales frente a las reticencias de amigos suyos, como Monatte, o de los anarquistas españoles. Así, por ejemplo, en su obra *Las organizaciones obreras internacionales* se puede observar cierto exceso de celo en la defensa de sus posiciones, arremetiendo simultáneamente contra las ideas de neutralidad e independencia sindical que propugnaban sus adversarios /2.

Las “enfermedades de la revolución”

Pero una nueva cadena de acontecimientos iba a seguir empeorando la situación. La elección de Stalin como secretario general en abril de 1922 y, sobre todo, el fracaso de la revolución alemana en octubre del año siguiente fueron creando el escenario favorable para el ascenso de los “apparatchiki”, el desplazamiento de las sucesivas oposiciones que iban surgiendo en el interior del propio partido y la domesticación de la IC a través de la llamada “bolchevización”.

Entretanto, la muerte de Lenin en enero de 1924 sirvió para codificar el “leninismo” y una “promoción Lenin” de más de 200.000 nuevos militantes que contribuyeron a dar un nuevo paso en la burocratización del nuevo Estado.

De la preocupación que en Nin creó la desaparición del líder bolchevique, tenemos el testimonio de la conversación que tuvo con su amigo Víctor Serge en Viena, poco antes de esa muerte: *“Lenin s’en va. Lenin és segurament morent. Lenin sap que és acabat. Hi ha en els ulls de Lenin una tristesa atroç. Té por del que es farà després d’ell (...). Quan Lenin falti, s’obrirà la crisi; coneixem prou bé les malalties de la revolució; veiem vastes ombres aixecar-se a l’horizó”* [“Lenin se

va. Seguramente se está muriendo. Lenin sabe que está acabado. Hay en sus ojos una tristeza atroz. Tiene miedo de lo que se hará después de él (...). Cuando Lenin falte, se abrirá la crisis; conocemos demasiado bien las enfermedades de la revolución; veíamos grandes sombras alzarse en el horizonte.] /3.

Esas “malalties” (enfermedades) de la revolución continuarían manifestándose luego, siendo su expresión más clara el conflicto Stalin-Trotsky sobre la teoría del “socialismo en un solo país” y la condena que del “trotskismo” hizo el aparato dirigente. Ni la declaración de los 13, en julio de 1926, contra la “degeneración burocrática del Estado obrero” ni la formación de la Oposición Unificada, encabezada por Zinoviev, Kamenev y Trotsky, consiguieron frenar un proceso cada vez más deteriorado. El diagnóstico que esta Oposición hizo de la situación del partido bolchevique en 1927 era ya muy pesimista: *“Dentro del partido está teniendo lugar -como secuela natural de la trayectoria general- un proceso sumamente significativo del relegamiento de los antiguos afiliados que vivieron el período ilegal o cuando menos el de la guerra civil, y tienen independencia y capacidad para defender su punto de vista. Estos son reemplazados por elementos nuevos que se distinguen principalmente por su sumisa obediencia. Esta obediencia, cultivada desde arriba bajo el nombre de disciplina revolucionaria, no tiene absolutamente nada que ver en realidad con ésta.”* Y más adelante: *“La extinción de la democracia interna del partido conduce a la extinción de la democracia en general: en los sindicatos y en todas las demás organizaciones de masas”*. O también, la denuncia de que *“la degeneración de nuestra ruta política y del régimen de nuestro partido está dando origen a una casta innumerable de burócratas genuinos.”* /4

Poco después, la manifestación de noviembre de 1927, en el décimo aniversario de la revolución, constituyó el acto público más significativo de un movimiento de oposición que encontraría en el suicidio de Adolf Joffe un triste final, a partir del cual la confusión frente al giro “izquierdista” de Stalin de los años siguientes iría rompiendo la ya frágil unidad creada.

Hasta aquella fecha, Andreu Nin, como secretario adjunto de la ISR, había desplegado una actividad constante viajando a diferentes países de Europa y en particular a Italia, en donde conoció a Antonio Gramsci, publicando después algunos trabajos sobre el fascismo y la labor que los sindicatos debían desarrollar frente a esa amenaza.

Pero, a medida que la situación se degradaba en la URSS, el “catalán de Moscú” no escondía, al igual que otros amigos suyos (Víctor Serge y Alfred Rosmer, sobre todo), su simpatía y apoyo a las tesis de la Oposición y, en especial, a las propuestas de Trotsky, formando parte de una Comisión Internacional del Centro de la Oposición en Moscú, junto a personas como Radek, Fritz Wolf, Stepanov y el mismo Víctor Serge /5. Esto provocaría su creciente marginación de todos los cargos que hasta entonces ostentaba, siendo finalmente expulsado del partido en 1928, año en el que no dudaría en expresar a Trotsky, exiliado en Alma-Ata, que *“más que nunca, estoy de acuerdo con usted”* /6.

Merece la pena recordar también que en agosto de ese mismo año otro opositor, Christian Rakovski, escribía una carta, conocida como *Los peligros profesionales del poder*, en la que ofrecía una clarividente explicación del cambio operado en el país: “*la función ha modificado el órgano mismo; es decir, la psicología de los que se encargan de las distintas tareas de dirección en la administración y la economía del Estado ha cambiado hasta tal punto que no sólo objetiva sino también subjetivamente, no sólo material sino también moralmente, han dejado de pertenecer a esta misma clase obrera.*” /7

La pasividad de la clase obrera rusa

De ese mismo año data otra carta de Nin a Trotsky bastante reveladora del conocimiento y las opiniones que tenía aquél de la situación. Su diagnóstico sobre el partido es tajante: “*El partido está pasivo. Eso es lo que debemos constatar, a pesar de los esfuerzos oficiales por demostrar que la campaña actual contra la derecha ha sido el resultado de una presunta indignación de las masas. ¿Acaso un partido semejante es capaz de combatir, de hacer frente a las situaciones graves que pueden y que han de presentarse fatalmente? Tengo muy serias dudas sobre esto.*” Y más adelante, alertando ante las ilusiones sobre la capacidad de respuesta de la clase obrera, sostiene: “*No olvidemos que el proletariado todavía no ha dicho nada. No tardará en decirlo, pero si el centro continúa por su falso camino, el despertar de la clase obrera puede producirse en tales condiciones que no sean favorables a nosotros sino al enemigo. La aparición entre los obreros -afortunadamente, todavía en proporciones poco considerables- de cierto espíritu apolítico, de desconfianza o de indiferencia hacia el partido, de predominio de los intereses corporativos, constituye, en ese sentido, un síntoma que no hay que despreciar.*” /8

De la información que Nin proporcionaba en esa misma carta sobre la situación de la IC y de los grupos de oposición en diferentes países se desprende también la función, sin duda importante, que el “catalán de Moscú” estaba ejerciendo en la construcción de una corriente comunista antiestalinista a escala internacional.

Asimismo, la correspondencia que Nin mantiene con su amigo Maurín durante los años 28 y 29 ofrece elementos de interés: su denuncia de la burocratización (“*el burocratisme els ha podrit a tots*” [el burocratismo los ha podrido a todos], escribe en diciembre de 1928); sus reflexiones sobre el problema de la industrialización, el malestar y los conflictos obreros en la URSS (“*El proletariat rus és capaç de tots els sacrificis i abnegacions, però cal que es compti amb ell i no que se'l tracti de carn de canó. Els signes de descomposició -fruit d'un règim burocràtic insuportable- són evidents*” [“El proletariado ruso es capaz de todos los sacrificios y abnegaciones, pero siempre que se cuente con él y no se le trate como carne de cañón. Los signos de descomposición -fruto de un régimen burocrático insoportable- son evidentes], denuncia en enero de 1929); las detenciones de gente de la Oposición o su preocupación por la expulsión de Trotsky y la petición de un movimiento exterior de protesta, todo esto confirma una visión profundamente realista y

pesimista al mismo tiempo no sólo respecto a la evolución de la Unión Soviética sino también, a diferencia de Trotsky, de la clase obrera, del partido y de la IC /9.

Llegó 1929 y con él un nuevo momento de crisis: el giro hacia la colectivización forzosa del campo y la industrialización acelerada provocó un profundo desconcierto en las filas de la Oposición Unificada, muchos de cuyos miembros, sin comprender todavía las raíces profundas de la burocratización, consideraban que Stalin estaba aplicando sus anteriores propuestas. Esto desencadenó una ola de capitulaciones y cambios de postura que dejaron bastante debilitada a aquélla, reducida a una “última columna”, como la llamó Víctor Serge, pero de la que seguiría formando parte Andreu Nin.

En esas circunstancias de aislamiento sabemos ya lo suficiente sobre la obsesión por salir de Rusia y volver a Catalunya en un Nin enfermo y obligado a vivir en condiciones precarias, tal como nos lo describe Víctor Serge: “*Andrés Nin enviaba paquetes a los perseguidos, acumulaba fichas sobre Marx, traducía a Pilniak al catalán. Para conseguir que le dejaran irse a España que estaba en revolución, dirigió al Comité Central un verdadero ultimatum, escrito con una tinta intrépida*” /10.

Logrado el retorno en septiembre de 1930, la construcción de un partido en Catalunya y en España se convertiría en su preocupación central, reflejada ya antes en su correspondencia con Maurín, en la que no ocultaría sus reticencias ante el recién creado Partit Comunista Catalá o su interés en reanudar las relaciones con Juan Andrade, expulsado hacía tiempo del PCE y con quien colaboraría estrechamente después dentro de la Oposición de Izquierdas española, fundada en febrero de ese mismo año en Lieja.

Reflujo de la revolución y ascenso del estalinismo

La trayectoria política de Nin en la URSS fue por tanto paralela a la que conoció una minoría de bolcheviques que pretendió mantenerse fiel a los ideales de la revolución de octubre, pese a las condiciones adversas, tanto nacionales como internacionales, que se fueron interponiendo en el camino. Éste les condujo del poder a la oposición, renunciando a acomodarse a los intereses de la burocracia ascendente.

Esto no significa que, enfrentados a una responsabilidad histórica nueva, los miembros de la Oposición llegaran en los años 20 a elaborar un marco de análisis, interpretación y propuestas suficientemente coherente. Se hallaban inmersos en la dinámica misma de los acontecimientos, en medio de un cerco internacional, y obligados a expresar constantemente su fidelidad a un “leninismo” convertido en nueva religión por Stalin.

Pero no cabe duda que en los trabajos, por ejemplo, de Rakovski o de Trotsky es posible encontrar, ya al final del primer decenio de la revolución, una reconsideración de los peligros que acechaban a aquélla desde el primer momento. Más tarde, *La Revolución traicionada* vendría a sistematizar en cierto modo ese esfuerzo, aunque esto no podía llevar a pensar que se hubiera llegado a la raíz de todos los problemas.

La primera revolución anticapitalista de la historia, aislada además en un país inmenso y atrasado, no tuvo la tarea fácil. Se planteaba la construcción de un nuevo modelo de organización de la economía, la edificación de un nuevo tipo de Estado basado en una democracia de masas y la práctica de una política exterior interna-

Pero el problema estaba en que, junto a las dificultades económicas del nuevo régimen, las de política interna se manifestaron también muy pronto. Las condiciones mismas en que triunfó la revolución, la hostilidad de la mayoría de los otros partidos y el inicio de una guerra civil con intervención extranjera favorecieron una tendencia creciente a subestimar la necesidad del pluralismo y la democracia política y, con ello, a generar la aparición de un nuevo grupo social dominante.

No es sólo que se disolviera la Asamblea Constituyente, cuestión que, como se sabe, fue objeto de crítica por Rosa Luxemburgo; el problema estuvo en que ni siquiera el órgano teóricamente dirigente de la nueva democracia soviética, el Consejo Ejecutivo Central de los Soviets, llegó a funcionar en 1918 y nada ya el año siguiente. En cuanto a los partidos, la prohibición, teóricamente provisional, de las fracciones dentro del partido bolchevique en 1921 terminaría haciéndose definitiva imponiendo un monolitismo que luego ayudaría al ascenso definitivo del estalinismo. Lo mismo podríamos decir del teórico respeto al derecho de autodeterminación de los pueblos frente a la práctica de la intervención militar en lugares como Georgia, o la voluntad de aliarse con los pueblos de Oriente que choca con la destitución de comunistas asiáticos como Sultán Galiev. O, en fin, la conversión de la IC de instrumento de extensión de la revolución en agencia subordinada a los intereses del nuevo estado soviético a partir, sobre todo, de 1926.

En todo este proceso es preciso reconocer que hubo un creciente abuso de la legitimidad popular ganada por el partido de Lenin en la revolución de Octubre. La insistencia en mantener la identificación de ese partido con el grueso de trabajadores y campesinos y, por tanto, en considerar justas las decisiones tomadas por sus líderes, pese a las alertas surgidas ya en 1921, fue asumida en los primeros años no sólo por Stalin sino también por muchos de los que luego pasarían a la oposición o serían víctimas de las sucesivas purgas. Quizás las últimas sugerencias de Lenin a Trotsky para formar un bloque común y su apelación a una “*revolución cultural*” como último recurso frente a un Estado cada más “*deformado burocráticamente*”, en palabras de aquél, fueron las más reveladoras de una tardía toma de conciencia de esos frutos amargos, creyendo que todavía se podía impedir, en 1923, que aquéllos pudrieran toda la cosecha. Queda, en todo caso, el consuelo de que al menos el fundador del nuevo régimen intentó ese “último combate” antes de su muerte.

A propósito de todo esto es obligado recordar que las reflexiones de Víctor Serge, un amigo de primera hora de Trotsky y de Nin, fueron extremadamente lúcidas durante este período. Mostraban además la tragedia de alguien que, procedente del anarquismo, valoraba en toda su magnitud la heroicidad y el desafío que significó la revolución de Octubre y no renunciaba a reconstruir la alianza entre marxistas y libertarios que el episodio de Kronstadt había enterrado. Sus críticas se hacían desde dentro de la revolución pero comprobando al mismo tiempo cuánto se iba alejando ese proceso de aquella admirable voluntad, proclamada en los “diez días que conmovieron el mundo”, de “tomar el cielo por asalto”.

Luego, entrado ya en la mitad de los años 30, cuando se fue acercando la “medianoche del siglo”, las opciones organizativas de Trotsky, por un lado, y de Nin y Serge, por otro, serían ya distintas. Pero siempre quedará el recuerdo de un combate común contra el estalinismo, forjado en el período aquí descrito, y de una misma firmeza en la defensa de un ideario genuinamente socialista que contrastaba con la cantidad de capitulaciones y abandonos que hubo en torno suyo.

[Ponencia presentada en las Jornades d’Estudi “Andreu Nin (1892-1937), El socialisme ahir, avui i demà”, celebradas en Barcelona los días 25 y 26 de marzo de 1993 y organizadas por el Centre d’Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona].

Jaime Pastor es profesor de la UNED. Militante de Espacio Alternativo. Forma parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

1/ Pagès, P. (1985) Prólogo a *Socialisme i nacionalisme (1912-1934)*, de Nin, A. Barcelona: Eds. de la Magrana.

2/ Véase la obra citada, capítulo VII, Barcelona: Fontamara 1978.

3/ “Adéu a Andreu Nin”, *Centenari Victor Serge, 1890-1990*, Barcelona: Fundació Andreu Nin, 1990.

4/ Nin, A. (1977) *La oposició de izquierda en la URSS*, Barcelona: Fontamara.

5/ Hay que recordar, no obstante, que en *La Correspondance Internationale*, n° 48, el 6 de mayo de 1925, se publicó un escrito atribuido a Nin en el que éste manifestaba estar en desacuerdo con la Oposición dirigida por Trotsky e incluso con sus amigos Rosmer y Monatte. Dado que éstos nunca le echaron en cara posteriormente esa “declaración”, no cabe dar crédito a la misma.

6/ “Cartes et lettres d’Andrés Nin à Trotsky (1928)”, *Cahiers Léon Trotsky*, n° 10, junio 1982, Grenoble.

7/ Este documento ha sido publicado en muy diversas ediciones en castellano; se puede encontrar como anexo en la obra ya citada *La oposición de izquierda en la URSS*.

8/ “Cartes et lettres d’Andrés Nin à Trotsky (1928)”, revista citada.

9/ Pagès, P. “Correspondència Nin-Maurín”, I y II, *L’Avenç*, n° 50 y 51, junio y julio-agosto 1982; también, del mismo autor, “Andreu Nin sobre la Rússia de Stalin: carta a Joaquim Maurín”, *L’Avenç*, n° 166, enero 1993.

10/ Serge, V. (1973) *Memorias de un revolucionario*, México: El caballito, pág. 315.

11/ Nin, A. (1978) “El Plan Quinquenal y la colectivización de la agricultura”, *Comunismo*, n° 18, noviembre 1932, reproducido en *Revista Comunismo (1931-1934)*, Barcelona: Fontamara.